

*¿Quiénes somos? Desafíos de la
identidad nacional estadounidense*
de Samuel Huntington ¹

María Femanda Ximena Ochoa Arana *

Conocido como un autor conservador con ideas provocadoras, que muchos intelectuales y el público en general, principalmente mexicanos, calificarían como xenófobas, Samuel Huntington ha publicado el libro *¿Quiénes somos? Desafíos de la identidad nacional estadounidense*, en donde advierte que la identidad nacional del pueblo de las barras y las estrellas está siendo amenazada, tanto exterior como interiormente, en su propio territorio. La amenaza exterior la componen los países islámicos, que alojan y promueven grupos terroristas que afectan la estabilidad, los intereses y la cultura de Occidente. La amenaza interior la constituye una ola de inmigrantes de origen latinoamericano -primordialmente mexicanos-, que de una manera silenciosa está influyendo en la sociedad, la cultura y la política de los estadounidenses.

El objetivo central de la obra es demostrar que la importancia de la identidad nacional de Estados Unidos ha variado con el tiempo. La probabilidad de que los estadounidenses se sientan identificados con su nación aumenta cuando consideran que ésta se encuentra amenazada, pero en el momento en que esta sensación de amenaza o peligro pierde intensidad desaparece entre los ciudadanos la prioridad de la identidad nacional. Es por ello que el autor sugiere recuperar la figura de un enemigo para definir y diferenciar a la nación norteamericana en el contexto de un mundo globalizado en donde es muy difícil con-

¹ Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Desafíos de la identidad nacional estadounidense*, Paidós, Barcelona, 2004, 488 pp.

* Ayudante del Área de Pensamiento Sociológico, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: ximenaoch@hotmail.com

servar componentes identitarios nacionales y se sobreponen aquéllos globales y regionales.

Es necesario definir "¿quiénes somos?" y "¿qué no somos?", afirma Huntington, quien se hace una serie de preguntas que tratará de responder en su libro: ¿somos un "nosotros", un pueblo, o varios? Si somos un "nosotros", ¿qué nos distingue de los diversos "ellos", distintos a "nosotros"? ¿la raza, la religión, la etnia, los valores, la cultura, la riqueza, la política o qué?, ¿es Estados Unidos, como algunos sostienen, una nación universal basada en valores comunes a toda la humanidad e integradora de principios válidos para todos los pueblos?, ¿o somos -dice Huntington- una nación occidental y nuestra identidad está definida por nuestra herencia e instituciones europeas?, ¿somos multiculturales -añade-, biculturales o uniculturales; un mosaico o un crisol?, ¿tenemos alguna identidad significativa como nación que trascienda nuestras identidades subnacionales étnicas, religiosas y raciales?

El libro se compone de cuatro apartados. El primero busca justificar por qué estudiar la identidad nacional estadounidense en el contexto actual. El segundo es una reconstrucción histórica de la formación de la nación estadounidense y sus componentes de identidad. Este análisis histórico se hace con el propósito fundamental de esclarecer una verdad a medias en torno a la identidad norteamericana, pero que ha sido generalizada. Tal afirmación enuncia que Estados Unidos es una nación de inmigrantes y que los principios del credo estadounidense son universales y la única fuente de identidad nacional, pues funciona como un cemento que estructura a esa gran y dispar nación. El tercer y el cuarto apartados del libro tienen como objetivo central enumerar los retos a los que se hallan expuestos los componentes de la identidad estadounidense, ante la amenaza de una deconstrucción nacional ejercida por los inmigrantes, que difieren sustancialmente de los valores y las costumbres de los norteamericanos. Huntington hace aquí un llamado tanto a las élites como al público en general para renovar la identidad nacional estadounidense.

UNA IDENTIDAD NACIONAL ESTADOUNIDENSE VIVA

La globalización, el multiculturalismo y la inmigración han asestado duros golpes a la identidad estadounidense. Las identidades étnicas,

raciales y de género pasaron a ocupar posiciones preponderantes en la conciencia de los individuos norteamericanos, restándole importancia a la identidad nacional. Los intelectuales y las élites han celebrado la desaparición de un nacionalismo férreo que obligaba a los inmigrantes a asimilarse a la cultura y al credo protestante angloamericano, dejando de lado los referentes identitarios de su país o región de origen. En los años noventa, sin la presencia de un enemigo significativo en la vida de la nación, surgieron voces que criticaban el modelo anglosajón de conformidad y se estimularon y reconocieron lealtades y ciudadanía de carácter dual en grupos inmigrantes.

En la actualidad todo este comportamiento trajo un problema significativo de asimilación de los inmigrantes que pudiera amenazar la cultura central de Estados Unidos, convirtiéndolo en un país dividido en términos de lengua y cultura. Huntington hace un llamado a los estadounidenses, con independencia de su raza o su etnia, para revigorizar su cultura central. Ello implicaría, en palabras del autor, revitalizar al país con una profunda conciencia religiosa y predominantemente cristiana, adherida a los valores protestantes y angloparlantes comprometidos con el credo político norteamericano.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 sacudieron la conciencia del país respecto de su unidad nacional. A partir de ese desastroso suceso, la importancia del nacionalismo y el patriotismo norteamericanos reapareció como en los años de la Guerra Fría, la Segunda Guerra Mundial o la Independencia, ya que ambos estaban aletargados o dormidos en la sociedad.

LA FORMACIÓN DE LA NACIÓN NORTEAMERICANA Y SUS COMPONENTES

Estados Unidos es una nación originada por colonos de los siglos XVII y XVIII y no por inmigrantes. Los colonos y los inmigrantes difieren en aspectos fundamentales, afirma Huntington. Los primeros dejan una sociedad previamente existente con el fin de establecer una nueva comunidad en un territorio nuevo y generalmente distante de su comunidad de origen. Por el contrario, los segundos no crean una nueva sociedad, sino adoptan una previamente formada. En el inmenso país de Norteamérica, los colonos originales establecieron el sistema político, la lengua, los modelos de trabajo, la cultura y la religión.

Los inmigrantes, en contraste, llegaron más tarde, y se asimilaron y adoptaron los valores de una cultura ya establecida.

Estados Unidos es el producto de una sociedad de colonos que dictó de una manera mayoritaria los estilos de vida de las futuras generaciones, otorgándoles instituciones políticas, idioma, pautas de trabajo, cultura y valores eminentemente europeos, a los que los inmigrantes tendrían que acostumbrarse. La inmigración en gran escala ha sido una característica del país; sin embargo, no resultó significativa en términos absolutos y relativos sino hasta el siglo XIX, y se magnificó hacia la Primera Guerra Mundial. Referirse a Estados Unidos como una nación de inmigrantes es reforzar una verdad a medias y convertirla en una verdad engañosa, así como ignorar el hecho central de que fue inicialmente una sociedad de colonos que dotó al país de un referente identitario nacional.

En relación con el credo nacionalista puede afirmarse que éste ha sido, pues, uno de los elementos de la identidad estadounidense desde la Guerra de Independencia, aunque el argumento según el cual dicha identidad se define exclusivamente por ese credo es, en el mejor de los casos, una verdad relativa, pues buena parte de la historia norteamericana no habría podido darse si no se hubiera formado un Estado nación basado en un nacionalismo angloprotestante con elementos raciales, políticos y religiosos que lo respaldaban. Sin la cultura angloprotestante el credo pierde su esencia. Aunque en verdad incluye principios universales, éstos pueden ser asimilados de diferentes maneras por personas que tengan una cultura distinta.

La sustancia de la identidad estadounidense ha estado formada por cuatro componentes clave: la raza, la etnia, la cultura y la ideología. Al inicio de la historia del país la raza y la etnia fueron factores importantes para diferenciar a los norteamericanos de los demás pueblos. Sólo las personas de raza blanca y libres formaban parte de la comunidad política estadounidense. Los indios, los negros y los asiáticos eran presa de políticas ya sea de exterminio o de expulsión. A mediados del siglo XIX el pensamiento científico e intelectual del país respaldaba un claro racismo, argumentando la desigualdad inherente de las razas: la caucásica era la superior y a partir de ese tope descendían, por orden de calidad, la mongólica, la india y la africana.

Sin embargo, no sólo se hacían distinciones raciales sino también étnicas en ese periodo histórico. Los colonos provenían principalmente de etnias irlandesas, británicas y alemanas y los antagonismos

no se hicieron esperar. Los germánicos arremetieron contra los irlandeses al no permitirles mantener su idioma en las iglesias, actos públicos y escuelas. Otra cuestión que alimentó la etnicidad, como referente de la identidad nacional, lo serían las políticas temporales de prohibición de entrada al país para los inmigrantes que no comulgaban con la cultura de los grupos protestantes, instrumentadas de 1852 a 1952. Los angloamericanos no iban a permitir que Estados Unidos se poblara abundantemente de grupos raciales y étnicos, ya fuera provenientes de Europa o de Asia y Latinoamérica, cuya historia estuviera marcada por el estancamiento, la opresión y la pobreza.

Las medidas temporales contra la inmigración ayudaron a los angloamericanos a consolidarse como el grupo étnico más importante e influyente del país. Su posicionamiento definió como conciencia nacional a la cultura angloprotestante y asimiló a esa cultura a todos los grupos raciales y étnicos que habitaban el territorio. Esta aculturación y las medidas de irrupción significativa de la inmigración contribuyeron paradójicamente a la eliminación de la raza y la etnia como componentes definatorios importantes de la identidad nacional. Se privilegió, sin duda alguna, a la cultura y la ideología del llamado credo político americano.

Hemos hablado mucho de la cultura angloprotestante, pero ya es hora de delimitar en qué consiste. La cultura estadounidense proviene del puritanismo reacio, es decir, de un puritanismo disidente, con ansias de libertad y contrario a la sumisión hacia los aparatos políticos' declarado en contra de cualquier privilegio estamental y a favor de la igualdad de derechos y oportunidades para todos. Ese puritanismo creía en el trabajo duro como instrumento para lograr el éxito y en un gobierno que rindiera cuentas de sus acciones, con la participación activa del pueblo organizado en asociaciones. La religión protestante dotó al país y a su política de una moral bien compaginada con la conciencia nacional. El credo político guardaba una relación con los valores protestantes que dignifican la integridad individual, la libertad y la igualdad de oportunidades, todo dentro de un sistema de gobierno genuinamente democrático.

Durante el siglo XIX los inmigrantes se vieron obligados, inducidos y persuadidos a adherirse de modos diversos a los elementos centrales de la cultura angloprotestante. De los inmigrantes se esperaba que se despojaran de sus herencias respectivas, contrarias a la cultura norteamericana, y se asimilaran por completo. De otro modo se

les excluía, aunque en general ocurría la asimilación de las personas no blancas a la cosmovisión anglosajona y protestante para hacerse "buenos" norteamericanos.

Las características medulares de la cultura estadounidense han permanecido estables por más de 300 años, con un carácter continuo más que de cambio abrupto, hasta la actualidad. Es tarea de los propios estadounidenses, según el autor, preservar esos componentes identitarios para mantener la cohesión y la estabilidad internas que necesita el país ante los retos y las amenazas que se le presentan actualmente.

LOS RETOS DE LA IDENTIDAD ESTADOUNIDENSE

Durante la mayor parte del siglo xx Estados Unidos fue cabalmente una nación de individuos con los mismos derechos, que compartía una cultura central angloprotestante y que mostraba una entrega incondicional hacia los principios liberal-democráticos del "credo americano". Los inmigrantes del pasado no representaban ninguna seria amenaza para esa cultura medular estadounidense, pues se asimilaban de manera rápida a la sociedad, gracias a la coincidencia con y a la asunción de valores, costumbres y normas. A partir de la década de los sesenta, sin embargo, la situación comenzó a cambiar. Aparecieron una serie de movimientos multiculturalistas, compuestos por élites intelectuales y políticas, que cuestionaban la cultura central del país, argumentando que Estados Unidos no era una comunidad nacional de individuos que compartieran una misma cultura, historia y credo, sino más bien un simple conglomerado de diferentes razas, etnias y culturas supranacionales en el que los individuos se definían por su afiliación de grupo y no por una nacionalidad común. Se animó a los inmigrantes a mantener la cultura de su país de origen y se les proporcionaron privilegios legales negados, inclusive, a los estadounidenses "originales".

Esta tendencia deconstruccionista alentó diversas políticas gubernamentales de educación bilingüe y acción afirmativa, dice Huntington, que promovieron una bifurcación cultural y lingüística, la cual trajo como consecuencia la desigualdad entre los ciudadanos a partir de referentes étnicos y de raza que debilitaban la identidad cultural de Estados Unidos. Otro componente que puso en jaque a la

unidad nacional fue la enorme inmigración, la cual ya no provenía principalmente de Europa sino de América Latina, principalmente de México.

La inmigración latinoamericana contemporánea no tiene precedentes en la historia estadounidense, sostiene el politólogo norteamericano. La experiencia de las inmigraciones anteriores no puede dar una referencia precisa de las consecuencias y la dinámica de esta nueva migración, pues resultan diferentes e incomparables. El principal problema de las inmigraciones es la asimilación, un asunto que incluye seis factores esenciales: el primero es la *contigüidad*: la inmigración "hispana", y principalmente mexicana, gozan de una evidente cercanía con sus países de origen, lo que trae como consecuencia que los inmigrantes no se asimilen, ya que pueden cruzar la frontera con relativa facilidad y mantener lazos de unión con su familia y su país. El segundo factor es su *número*: la cantidad impresionante de personas con una cultura común que cruza la frontera para instalarse en el territorio estadounidense conlleva una experiencia inexistente en otros países. Los hispanos constituyen ya la primera minoría de la Unión Americana, lo cual implica un obstáculo fundamental para la asimilación, pues por ser muchos estos migrantes retienen su lengua, sus hábitos y los principios que trajeron consigo.

El tercer problema es la *concentración regional*. En el pasado se consideraba como un factor importante la dispersión de los inmigrantes, a fin de asegurar la asimilación. Los hispanos, sin embargo, han tendido a concentrarse regionalmente: los mexicanos en el sur de California, Texas y Colorado; los cubanos en Miami y los dominicanos y puertorriqueños en la ciudad de Nueva York. Esta concentración ha traído como consecuencia que el idioma español sea de uso común en las escuelas y comercios de estos lugares y que los "hispanos" sean una fuente concreta de poder político que influye en decisiones públicas que afectan a todos los ciudadanos norteamericanos.

El cuarto factor problemático es el referente a la *ilegalidad*. La entrada ilegal al territorio estadounidense de un número muy considerable de personas es un fenómeno que se dio a partir de 1965, gracias a migrantes de origen mexicano que querían mejorar sus ingresos y nivel de vida. La ola de inmigración ilegal es una amenaza para la seguridad del país, afirma Huntington, ya que merma la democracia y la ciudadanía. Los ilegales tienen en la mayoría de los casos asistencia médica y facilidades para encontrar empleo y habitación, e

influyen de manera indirecta y sin saberlo en políticas públicas asistenciales del Estado. Sin ser ciudadanos gozan de derechos y no pagan impuestos, 10 que desmotiva a los nuevos migrantes hispanos ilegales a buscar convertirse en ciudadanos, puesto que no necesitan serio y no se les exigen obligaciones. En cuanto a la democracia, cuando se naturalizan estadounidenses estos inmigrantes ilegales carecen, por 10 general, de una cultura en pro de la participación y la legalidad y sólo buscan influir en las decisiones públicas que resultan favorables para su grupo étnico.

El quinto factor que agudiza el problema de la asimilación concierne únicamente a la inmigración mexicana y tiene que ver con el *resentimiento histórico*. Durante 1835 y 1836, cuando la Guerra de Independencia texana, Estados Unidos se apropió de una vasta porción del territorio mexicano, el cual se amplió todavía más con la llamada *Mexican War* de 1847. Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah pasaron a formar parte de la Unión Americana y, por supuesto, los mexicanos no olvidan este acontecimiento y se sienten con derechos especiales sobre ese territorio. Consideran que la conservación del idioma y las costumbres es una forma de reconquistarlo.

El sexto y último factor es el surgimiento de *enclaves diferenciados* en la sociedad estadounidense. En el pasado los inmigrantes se agrupaban en torno a su grupo étnico y formaban enclaves vecinales, educacionales y de ocupación, pero al llegar la segunda y la tercera generaciones de sus descendientes se eliminaban esos enclaves y los individuos se iban diferenciando claramente de su grupo de origen, en función de una nueva residencia, ocupación y renta, y de la naturaleza y alcance eficaces de su asimilación. Los migrantes hispanoamericanos y mexicanos, en contraste, no han superado actualmente dichos enclaves. Siguen casándose entre sí, viven en los mismos barrios y no existe una diferenciación entre sus ingresos y su nivel ocupacional. Se mantienen como una comunidad altamente cohesionada y con miras, inclusive, a su crecimiento, ya que tienen tasas de fertilidad superiores a las de los habitantes originales y de otras minorías.

En resumen, la continuidad de los elevados niveles de inmigración mexicana e "hispana" en general, unida a las bajas tasas de asimilación de tales migrantes a la sociedad y la cultura estadounidenses podrían acabar por transformar a Estados Unidos en un país de dos lenguas, dos culturas y dos pueblos incompatibles en muchos y muy importantes aspectos, concluye Huntington.

Para evitar la bifurcación de la nación, sentencia nuestro autor, es necesario fortalecer la cultura angloprotestante y restablecer el poder político y económico del grupo étnico con características WASP (*white, anglosaxon, protestenñ*). Estas medidas ayudarían a fortalecer a la nación estadounidense. Huntington justifica su postura argumentando que no está en contra de la diversidad étnica siempre y cuando no ponga en riesgo la cultura central o medular que define la identidad estadounidense. Propone un nuevo compromiso con el país, con independencia de la raza, la religión y la cultura de sus distintos ciudadanos, en el que todos sean "estadounidenses sin calificativos" y promuevan los intereses de la nación entera, así como el bien común en todo su territorio.

La recepción del libro de Huntington ha sido sin duda controversial en México y otros países latinoamericanos. Algunos intelectuales mexicanos han criticado abiertamente el contenido de la obra y han denunciado la paranoia de su autor y de los grupos conservadores estadounidenses, los cuales cada día observan nuevas caras en sus barrios, escuchan español en los diversos medios de comunicación y atestiguan en los hospitales el nacimiento de un alto número de bebés hispanos que en un futuro amenazarán la posición de la mayoría blanca anglosajona, pero más allá de esta lógica argumentativa resulta necesario darle algún crédito al intelectual de Harvard y poner sobre la mesa de debates el asunto de la asimilación de los migrantes, para así poder preguntarnos si no sería más pernicioso pensar en resolver este problema ignorándolo y haciéndoles sentir una y otra vez a esos inmigrantes que son extraños y enemigos en un país que lo único que necesita es reforzar su identidad nacional.